



La sangre de los crucificados

FÉLIX G. MODROÑO



algaida
histórica

Primera edición: noviembre, 2007

© Félix G. Modroño, 2007
© Algaida Editores, 2007
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-7647-681-9
Depósito legal: M-47.691-2007
Impresión: Level
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PRÓLOGO

UNA NOCHE TRISTE

UN VIEJO CARRO, LLENO DE PAJA, TRATABA DE RECORRER sigiloso el entramado de calles que conducía a la zona alta de la ciudad. El aliento del caballo percherón que tiraba de él se difuminaba en la tiniebla, propiciada por una funesta luna nueva.

El cochero contuvo la respiración cuando una de las ruedas chocó con una piedra y rompió el silencio estrepitosamente. Atenazado por los nervios, optó por detenerse. Esperó unos segundos para agudizar el oído. Por fortuna, sólo percibió los sonidos que procedían de su desacompasado corazón. Jadeó despacio para intentar relajarse y prosiguió su camino.

Había entrado en el recinto amurallado a última hora de la tarde, justo antes de que se cerraran sus puertas, y aguardado a que la gente se recogiera en sus casas. Ahora se hallaba próximo a su destino y no era el momento de ser descubierto.

Por fin distinguió, entre la penumbra, la inconfundible silueta de la catedral. Se apeó con el fin de dirigirse

a la entrada norte. La verja estaba abierta. Cruzó la explanada para empujar con decisión el portón, pero éste no se movió. Salió del patio y encaminó sus pasos a la fachada sur. Subió las escaleras y repitió la operación, obteniendo idéntico resultado y constatando la imposibilidad de acceder al templo. Su ligera mueca de fastidio evidenció que se lo esperaba, así que actuó como tenía previsto.

Asió las riendas de su caballo y lo guió lentamente hacia la vecina casa del obispo. Se encaminó a la trasera del carro y retiró parte de la paja que llevaba, hasta que aparecieron una cabeza y unos brazos. Acopió fuerzas y tiró de las axilas, despacio. El bulto era pesado; sin embargo, tras unos minutos tensos y delicados, fue capaz de depositarlo en el suelo con suavidad, casi con mimo.

El hombre se restregó los ojos, irritados por el sudor, mientras una sonrisa agrídulce revelaba su satisfacción por el trabajo bien hecho. Ya sólo faltaba huir de manera presta y silenciosa. En tanto se alejaba, camino de su refugio, le inquietó la idea de que alguien pudiera descubrir su carga antes que el personal al servicio del obispo. Meditó unos instantes y decidió regresar andando. La noche seguía apacible. Al rato, dejó caer tres veces el elegante llamador de bronce de la residencia episcopal para esconderse entre las sombras. Los aldabazos retumbaron secos y recios en el interior.

Una vela resplandeció tenuemente a través de una de las ventanas de la planta baja. Poco después, la puerta se abrió y un joven criado se asomó. Miró a un lado y a otro de la calle. La falta de luz era total por lo que le resultaba complicado vislumbrar movimiento alguno. El

obispo tenía dadas instrucciones de atender a quienes acudieran a su casa, fuese la hora que fuese, y no era demasiado raro que, con relativa frecuencia, familiares de moribundos se presentasen de forma intempestiva solicitando una extremaunción urgente.

—¿Quién va? —preguntó el muchacho.

Aguardó el tiempo suficiente para cerciorarse de que allí no había nadie. Ante la carencia de respuesta, bajó la mirada antes de girarse para volver a la cama. Fue entonces cuando lo vio. Tragó saliva como pudo a la vez que se le aceleraba el pulso. A sus pies creyó distinguir el cuerpo rígido y casi desnudo de un hombre. El chico dudó. En principio, pensó que debía de tratarse de un cadáver. Estimó que lo más sensato sería avisar a otros criados. Sin embargo, su curiosidad pudo más que la prudencia y decidió acercarse para examinarlo.

El joven se agachó y palpó una pierna. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que estaba hecha de madera, al igual que el resto de su anatomía. ¡Se hallaba ante una efigie! Se sintió más tranquilo al darse cuenta de que no se encontraba delante de ningún finado. Pero, ¿qué clase de estatua era aquélla? Elevó la palmatoria para obtener una visión más completa. En ese preciso momento, se percató de que representaba a un Cristo de tamaño natural con los brazos en cruz.

Mientras tanto, el cochero que había contemplado toda la maniobra agazapado tras la oscuridad, desapareció cautelosamente sin dejar rastro, esta vez ya más satisfecho.

La brisa del río acentuaba sus caricias a medida que avanzaba la madrugada. El sirviente, empujado por una

fuerza que emanaba desde las entrañas de su alma, sintió la necesidad de escudriñar más a fondo la imagen. Sin saber por qué, el desasosiego le atravesó la espalda para instalarse en su nuca. Acercó la mano dubitativamente a la cara de la figura. La diminuta llama azulada de la vela también tembló. El muchacho no pudo evitar que su garganta emitiera un grito ahogado de horror. ¡Aquel crucificado tenía el rostro de su amigo Manuel, torturado y asesinado tres meses atrás!